Día 24

SALMO 91

«Solo él puede librarte de las trampas del cazador y de mortíferas plagas» (Sal. 91:3).

Las verdades de Dios son inmutables, permanecen para siempre y nunca cambian. Aquellos que viven en comunión con Dios en un proceso de santificación continuo, vivirán en un estado de paz y seguridad que solo Dios puede otorgar. ¡Cuánta tranquilidad y confianza podemos tener al saber que vivimos ante Su presencia!

Cuando Dios nos trae al arrepentimiento de nuestros pecados para reconocer a Jesucristo como nuestro Salvador y Señor, nuestra manera de vivir y pensar cambia radicalmente. Este nuevo nacimiento trae la conciencia de la presencia de Dios a nuestra vida. R. C. Sproul lo define así: «Vivimos completamente en la presencia de Dios, bajo la autoridad de Dios y para la gloria de Dios».

La bondad de Dios se pone claramente de manifiesto en el proceso de salvación y nos brinda la oportunidad de vivir por Él y para Él. Esta es la base de una clara interpretación de este hermoso salmo, uno de los pasajes más importantes de las Escrituras, conocido por la gran mayoría de creyentes, pero regularmente interpretado de manera errónea.

La etimología de la palabra «habitar» hace referencia a vivir de manera continua, hacer allí nuestra morada, volver de este espacio un lugar propio de permanencia. Esto quiere decir que la conciencia de Su presencia constante en nuestra vida y Su bondad, por medio de la cual podemos acceder a sus promesas, nos permite caminar confiados sin importar las circunstancias. Si solo acudimos a Él en los momentos apremiantes de nuestra vida, no podemos afirmar que habitamos en Él permanentemente.

Aquellos que hemos respondido al llamado de Dios no solo tenemos el privilegio de que Él sea nuestro protector, sino que también encontramos en Él todo lo que necesitamos o podemos desear; Dios es suficiente para llenarlo todo. Los que hemos encontrado nuestro refugio en Él no podemos desear lo que otros desean. Las bondades de Dios que se manifiestan por medio de nuestra familia, pareja e hijos, son complementos de la satisfacción única que podemos encontrar solo en Él. Lo mejor que podemos recibir ya fue dado, la mayor muestra de la bondad de Dios fue entregada por medio del sacrificio de Jesucristo y lo que necesitamos para vivir confiadamente ya fue hecho.

Es Dios, en Su bondad, quién nos libra de «las trampas del cazador» y nos protege en Su gracia divina de las tentaciones del enemigo y de las «mortíferas plagas» que provienen de nuestra naturaleza pecaminosa. C. H. Spurgeon comentó sobre este pasaje: «Seamos cuidadosos, ciñámonos con el poder y la omnipotencia de Dios, entonces Su Santo Espíritu nos guardará, y podremos pisar al león y a la víbora, y el dragón sucumbirá debajo de nuestros pies y seremos liberados del lazo del cazador». Qué descanso podemos encontrar al saber que es Dios quien nos guía y protege.

Pase lo que pase, nada podrá lastimar permanentemente a quien Dios ha alcanzado, esto nos da la seguridad de que los problemas y las aflicciones que podamos enfrentar vendrán no para nuestro mal, sino para nuestro bien. Su promesa es que nos librará a Su debido tiempo y siempre estará con nosotros. ¡Que la gloria sea para Él!